

RETORNO A LA REVOLUCION

El plan de ataque a Francia que tenía preparado el ejército alemán a fines de 1939 sèguía prácticamente en todas sus líneas las ideas de Schlieffen, por considerarlas un axioma inquebrantable. Sólo a última hora, cuando las divisiones concentradas después de la victoria sobre Polonia estaban a punto de emprender la ofensiva. Erich von Manstein, Jefe del Estado Mayor de von Rundstedt, logró llevar al ánimo de Hitler una nueva concepción estratégica y táctica que, puesta en marcha, habría de provocar la caída de Holanda, Bélgica y Francia en un plazo asombrosamente corto.

Lo ocurrido entonces no fue otra cosa que la aplicación de las nuevas técnicas al campo de la guerra, logrando mediante el empleo a fondo de las divisiones blindadas una eficacia y rapidez en los procesos de ruptura de frentes, penetración y cerco que hasta entonces hubieran sido imposibles por la falta de elementos mecanizados.

El éxito de von Manstein y el de los hombres que supieron ejecutar rigurosamente los nuevos planes, partía de que habían sabido comprender la evolución económica y tecnológica de su tiempo, y la utilizaban hasta el máximo.

Así se explican también muchos de los grandes éxitos militares que registra la Historia. El que ellos y las enseñanzas de la II Guerra Mundial no son lecciones vanas lo demuestra el hecho de que hoy día los planes estratégicos del Pentágono o de las Fuerzas Armadas rusas se subordinan al desarrollo científico.

Del mismo modo, es absurdo querer trazar seriamente plan o sistema político alguno sin apoyarlo en las condiciones reales de la economía, de la ciencia y de la cultura. Tal principio rige inexorablemente a través de los siglos. Por ello, ha sido formulado en múltiples ocasiones, desde que los filósofos griegos decían que ninguna reforma era posible sin tener en cuenta la naturaleza de los hombres y de las cosas, tal como son dadas. Llevando esa idea hasta sus consecuencias últimas, Marx decía que la ley nunca ha de ser

opuesta a la estructura económica de la sociedad y al desarrollo cultural condicionado por esa estructura.

Evidentemente la posición del materialismo histórico tiene una gran debilidad teórica, pues si bien es cierto que las normas jurídico-políticas aplicables a la sociedad deben tener presentes las condiciones económicas y culturales existentes en la práctica, el bloque de valores, principios y fines que deben informar el desarrollo social no puede ser un mero producto de la historia sino que también ha de sustentarse en un deber ser de carácter ideológico o moral situado por encima de las meras circunstancias.

Pero —separándonos por el momento del problema de los fines últimos que han de informar las estructuras sociales— conviene insistir en que toda planificación política y jurídica ha de estar basada sobre un previo examen sistemático y frío de la situación económica, técnica y cultural del momento. El axioma de que la política es el arte de lo posible, no representa una frase hueca, sino que es un principio fundamental de toda planificación que no quiere terminar en el ridículo o en la indiferencia. Su consecuencia es que estamos obligados continuamente a analizar cuáles son los hechos económicos, técnicos y culturales que tenemos ante nosotros, para adecuar a ellos la política.

Ahora bien, antes de esa labor de análisis, se plantea una cuestión previa que es la de encontrar, en términos de total realismo, el estilo, el principio operativo con que ha de enfocarse todo movimiento político. Lo primero, en efecto, es el estilo. No cabe definir sistemas ni ideologías para la vida pública sin escoger el modo, el carácter propio que ha de revestir la acción, al igual que en la guerra todo depende de adoptar una postura agresiva o defensiva; la forma de expresión es lo que otorga una personalidad al hombre, a sus ideas y a sus acciones.

Para resolver este problema tenemos que partir de tres factores: la violencia soterrada existente en las relaciones sociales, el ritmo del desarrollo científico y el proceso dinámico de deestructuración que sufre la sociedad. En cuanto a lo primero, nos referimos al hecho de que la lucha constante es un ingrediente innegable del trato entre los hombres; la esencia de la vida social no es sólo la mutua satisfacción de necesidades sino la mutua frustración.

Sobre el segundo factor, basta recordar que la Física está girando desde Newton alrededor de unos principios operativos que son las leyes dinámicas, y hoy día, cuando los científicos luchan por conseguir la unidad entre los fenómenos del microcosmos y del macrocosmos, lo que intentan es encontrar la formulación de una ley mecánica de validez universal. Todos los demás problemas físicos, los problemas que podemos denominar de fondo, giran en

torno a esa realidad que es la destrucción de cualquier concepto estático, la idea de que el universo está ligado indisolublemente al movimiento. Dentro de tal marco la evolución de la ciencia ha adquirido a lo largo del siglo un ritmo vertiginoso, muy superior a todo lo conocido hasta ahora.

Correlativamente se están produciendo incensantes cambios en el seno de cada sociedad nacional y en la sociedad internacional. Nunca ha sido tan rápido el proceso de deestructuración como el que hoy vivimos, y por ello es universal el sentimiento de inquietud, la sensación de que se está presenciando una crisis cada vez más intensa. En suma, lo cierto es que nos enfrentamos con una nueva dinámica, siendo necesario adoptar como hecho inconcuso el que la sociedad está en un continuo proceso de deestructuración y reestructuración, de cambio.

Por lo tanto, la consecuencia derivada de esos tres factores es que la planificación política ha de apoyarse en un estilo, en un carácter, en un principio operativo de total dinámica. Y esta dinámica extrema es la revolución.

Hoy es común decir que vivimos la experiencia de una gran revolución, tan profunda y desconcertante que la mayor parte de los tratadistas llegan a calificarla como la más trascendental registrada en la Historia. Ahora bien, antes de entrar en el análisis de las cuestiones de fondo que encierra el movimiento revolucionario de nuestro tiempo, ¿qué entendemos por revolución, por esto que definimos como el principio operativo, el estilo necesario de nuestra sociedad?

Existe una notable confusión sobre el significado de este término. En efecto, desde los principios de la teoría política se identifica la revolución con todo cambio violento de las instituciones. Ya Aristóteles, en su célebre capítulo sobre «La causa y prevención de la revolución» entendía que se trataba de un movimiento destructivo. No ha sido el único en dicho punto de vista. Normalmente se considera que la violencia es un elemento intrínseco de la revolución, y por ello cuando se examinan las formas externas del poder político, un sector considerable de teóricos —definiendo la revolución como un tipo de destrucción organizada, al igual que la guerra— la sitúa en un punto intermedio entre dos manifestaciones básicas de poder, de las cuales la más inferior es el imperio de la violencia incontrolada, como el caos y la anarquía, y la superior es el poder canalizado a través de instituciones que producen reglas y formas de vida vigentes para los ciudadanos.

Sin embargo, la revolución, considerada desde el punto de vista de la acción pura, no tiene necesariamente que ir ligada con la violencia. Lo que le caracteriza es la búsqueda del derrumbamiento de las formas políticas viejas y, al mismo tiempo, el objetivo de abrir paso a las condiciones económicas y

sociales existentes para que plasmen en una nueva estructuración de la sociedad. De hecho, no ha habido revolución a lo largo de la Historia que haya podido hacerse sin una previa madurez de las condiciones ya establecidas en la propia sociedad que destruye. Así, el movimiento revolucionario francés de fines del siglo XVIII no constituyó otra cosa que una traslación al campo político de la profunda evolución social desarrollada precisamente en el seno del régimen de despotismo ilustrado de Luis XV y Luis XVI. La misma revolución rusa, que con frecuencia se contempla como una paradoja, por considerarse que se hizo en el país que reunía menos condiciones previas adecuadas, respondió a una transformación cultural y a un deseo de renovación política y económica del que habían dado prueba los continuos movimientos revolucionarios ocurridos durante los últimos zares; el movimiento de los petrarquistas, los escritos de Dostoyewski y tantos hechos que reflejan la Literatura y la Historia de ese país, señalan que el triunfo del comunismo no es un azar de circunstancias provocado meramente por la derrota militar de Rusia durante la primera guerra mundial, sino la consecuencia de un lento y firme proceso de deestructuración ideológica y social de la sociedad zarista.

Por lo tanto, puede afirmarse que la revolución es, en un sentido puro, una situación de mundanza en el estado o gobierno de las cosas; una situación donde la evolución previa de la sociedad se refleja dinámicamente en la política. En otras palabras, el movimiento revolucionario es la traducción política del máximo de dinámica posible en la sociedad.

Esto es lo verdaderamente importante de la revolución. El que la violencia sea o no utilizada en ella es puramente accidental. Puede ocurrir efectivamente que las formas de vida de un momento histórico dado se derrumben sin necesidad de inmolar vidas humanas; y esto es lo que estamos presenciando hoy día en varios casos. El problema, pues, consiste en saber cuándo hay revolución y en comprender su alcance para canalizarla y llevarla a cabo, a ser posible, sin violencia. El comunismo ruso es hoy día quien mejor se ha dado cuenta de esto, porque es el partido que domina realmente la técnica revolucionaria, y así con frecuencia emplea, para cambiar las instituciones políticas, métodos de infiltración y disgregación que no exigen la coacción física. De tal forma logra mejor aprovecharse de los elementos destructuradores de la vieja sociedad para crear la sociedad que a ellos les conviene, cuando en realidad si los otros gobernantes o los otros partidos hubieran sabido comprender tales elementos destructuradores les hubiera sido posible canalizar la revolución hacia otro tipo de instituciones políticas. Actualmente, y en tanto dure el equilibrio militar atómico, es de prever que se generali-

zará por el comunismo ese tipo de acción revolucionaria, con el cual librará las batallas de la guerra fría a través de todo el mundo.

Ahora bien, al hablar de revolución no es posible limitarnos solamente a lo que tiene de puro movimiento externo, a su dinámica superficial. La revolución es algo más hondo, representa, como decíamos antes, un estilo, es decir, una posición mental.

En general, el pensamiento teórico occidental identifica en los últimos años el movimiento revolucionario con un espíritu de resentimiento. Aristóteles, en su obra citada, decía algo que tendemos a admitir como cierto. «Hay una superioridad que exigen los hombres de rango, pues se tienen por nobles porque proceden de antepasados ricos y virtuosos: aquí es donde se encuentran las fuentes de la revolución». Añadía que la causa principal y universal del sentimiento revolucionario es el deseo de igualdad, cuando los hombres piensan que son iguales a otros que tienen más que ellos; o el deseo de superioridad cuando, considerándose superiores, piensan que tienen no más, sino igual o menos que sus inferiores. En la práctica, tal parece ser la motivación psicológica que explica todas las revoluciones ocurridas en la historia, porque ha habido revoluciones para que las clases inferiores económicamente conquistaran un mayor poder, y ha habido otras también donde un grupo minoritario ya situado en la esfera superior trataba de reforzar y ampliar su superioridad sobre los demás. Tan revolucionaria es, desde el punto de vista externo, la revolución francesa como la Santa Alianza organizada por Metternich. En el fondo, todo esto trata de decir que el sentimiento revolucionario responde al resentimiento, con lo que tiene esta palabra de crítica y menosprecio, dado que efectivamente el resentimiento es una de las más bajas motivaciones psicológicas y morales en el hombre.

Sin embargo, con buscar en el resentimiento, en el revanchismo, en el mero afán de medro y de sojuzgamiento de los demás, la explicación del movimiento revolucionario, no hacemos más que escandalizarnos farisaicamente y ocultarnos a nosotros mismos una verdad: el verdadero revolucionario no es aquel que sólo aspira a destruir, sino el que quiere dar paso a nuevas fuerzas creadoras, y su actitud parte de una insatisfacción esencial por considerar que las condiciones sociales que le rodean son mezquinas, dignas de ser superadas.

El temor y la repulsa que hoy inspira hasta la propia palabra de revolución son, pues, un gravísimo peligro para Occidente, comido hoy por el hedonismo, por un materialismo fácil y cobarde en el cual se olvidan los grandes valores espirituales y la intensa energía que ha dado origen a las conquistas de nuestra civilización, la más alta a que ha llegado el género humano. De ese modo, mientras en este campo domina lo conservador, lo cómodo, una gran

ventaja del comunismo en la guerra fría es el sentimiento que inspira a sus hombres el que sus revolucionarios mantienen un principio de austeridad, de honradez administrativa, de creencia en las propias ideas, de pureza en la conducta pública. En efecto, la revolución no es mentalmente sólo un idealismo teórico, sino también una conducta. De eso fueron los occidentales los primeros en dar una lección a los demás pueblos, pero es lo que ahora tienen en el olvido. Todo lo que Occidente fué creando a lo largo de veinte siglos se debió a una postura heroica, al heroísmo de los griegos que defendieron su libertad frente a la barbarie persa, al ascetismo de la república romana, a la grandeza de los generales que sabían vivaquear a cielo raso mientras construían el Imperio, a los mártires del Cristianismo, que mantuvieron y extendieron la fe frente a la tortura; a los monjes, que volvieron a levantar la cultura de los pueblos y el sentido unitario de nuestra civilización; a los soldados que con medios materiales risibles atravesaron la inmensa geografía del continente americano y de los océanos, a los hombres que acabaron imponiendo el principio de la libertad, a los científicos que vivieron encerrados en sus laboratorios, a los pensadores, escritores y artistas cuya vida se quemó en el espíritu. ¿Qué puede esperar una sociedad como la actual de Occidente, donde los ideales generales estriban sólo en la mayor posesión de medios económicos, mientras que cada vez es menor la proporción de los idealistas?

Allá donde extendemos la vista vemos un horizonte de decadencia, si contemplamos el conjunto de cada país, su situación general, sus minorías..., cuando existen como tales. Así, la mayor parte de los hombres de empresa apoyan cuanto represente protección nacionalista, barreras arancelarias, subsidios a la exportación, facilidades de crédito, etc., pero al mismo tiempo se oponen con pretendidas leyes económicas, las leyes del tan manoseado *marketing*, cuando se trata de la elevación del nivel de vida de los empleados y obreros, haciendo dejación de sus responsabilidades en el desarrollo económico y olvidando que el aumento del poder adquisitivo es la única forma de lograr la expansión de la industrialización. Por su parte, la gran mayoría de los trabajadores se limitan a la subsistencia diaria y sus reivindicaciones se centran en el orden económico y en la lucha para evitar la mejora de productividad, sin preocupación de ningún género por el progreso de su formación profesional y de su cultura, sin inquietud por reivindicaciones de orden ético y espiritual. De igual modo, una zona cada vez más extensa de los universitarios contemplan su profesión desde el exclusivo punto de vista del empleo y del sueldo que puede reportarles. ¡Y qué decir de la Administración pública, donde el principio ordenador del funcionario es la seguridad en el puesto, donde la nación administrada es un ente abstracto, un objeto de expediente cuyo latido se ignora!

Si a esto añadimos el sentimiento de inseguridad y temor que corroe nuestra sociedad, nos encontramos con que el estilo de Occidente se debilita de día en día frente al movimiento revolucionario de los pueblos que nos cercan.

Hablamos, pues, de la revolución como una forma de enfocar la vida. En suma, de una moral política. Tal es el problema operativo máximo de Occidente, donde, a fuerza de materialismos ramplones, se empieza a olvidar que nuestra Historia es, por encima de todo, una historia de ideas, de realización de grandes ideas. ¿Qué representa Occidente si quitamos de él sus movimientos revolucionarios? No representa nada sin la pasión por la libertad que le ha animado desde que Jenofonte inflamaba a la falange griega, cuando pasaba como un cuchillo por en medio del Imperio persa, hasta cuando Danton y Robespierre conmovían a la joven República de Francia o el pueblo de Varsovia se inmolaba en masa; sin la pasión del orden, frente al caos, que siglo a siglo informó la vida de Roma; sin la creación de valores ultrahistóricos y universales que legaría la Cristiandad del Medievo.

Finalmente, desde un punto de vista psicológico, es necesario comprender que la postura idealista, el movimiento revolucionario, no son producto simplemente de un proceso racional. Los cambios político-sociales evidentemente están condicionados por unas previas circunstancias económicas y técnicas, así como por una evolución del pensamiento; pero, a la vez que implican un nuevo modo de pensar, tienen un contenido emocional, un tono biológico.

En la revolución, por tanto, encontramos, como acción, un elemento científico, y como estilo, un elemento mágico. La ciencia parte de la experiencia de cada día, se basa en la observación y se determina por la razón; del mismo modo la revolución, como destrucción de formas políticas viejas y creación de nuevas formas, sólo puede basarse, según antes indicábamos, en la observación de las circunstancias reales, y la razón es quien debe dictar su proyección futura. La magia está apoyada en un estado emocional, donde la verdad no surge por la razón, sino por la actitud vital del hombre, y su principio básico es poner toda la fuerza en la esperanza y en evitar la decepción de los ideales. Por eso, el movimiento revolucionario en cuanto estilo de vida ha de ser entendido como algo mágico, y de ahí que no sea tan descaminado el lenguaje, la dialéctica aparentemente irreflexiva de que se rodea.

Esta es otra de las grandes ventajas del movimiento revolucionario: la composición de un lenguaje semejante a la vestidura de un arlequín, lleno de color, cambiante en sus tonos según el momento, pero siempre pleno de luminosidad; podríamos decir también que es como la pintura de Goya en *Los fusilamientos de la Moncloa*, donde no existe el claroscuro, sino el negro violento y la llamarada.

Ahora bien: la pureza en la conducta pública, el ascetismo y la creencia en ideales, que son características del estilo del movimiento revolucionario que poco a poco va cercando y comprimiendo a Occidente, no constituye un motivo definitivo para considerar terminada la partida y resignarnos a su desaparición. También los gengiskhánidas huían de la molición y tenían un sentido admirable del sacrificio, pero pudieron ser rechazados por una Europa que parecía en decadencia porque unos pocos grupos crearon el revulsivo necesario a nuestra civilización y la hicieron remontar todas sus dificultades.

La realidad es que hoy día nos enfrentamos con un movimiento revolucionario espléndido desde el punto de vista de su tono vital, pero al mismo tiempo sin justificación doctrinal para crear la sociedad del futuro. Para que exista una verdadera revolución, de todo lo dicho parece que son precisos tres requisitos: 1.º Un estilo de vida diametralmente opuesto al hedonismo. 2.º Una acción destructora de las instituciones políticas inadecuadas. 3.º Una tendencia creadora hacia una nueva sociedad. Sin embargo, hace falta algo más profundo, y es que esta nueva sociedad constituya un auténtico avance en la Humanidad. De ir hacia fórmulas anticuadas o hacia modos de vida que representan un retroceso en la evolución del hombre, la revolución se convierte en pura barbarie y no es digna de ser calificada como verdaderamente revolucionaria.

Pues bien: si consideramos la dirección de los movimientos revolucionarios de nuestros días podemos llegar a la conclusión de que son auténticamente reaccionarios y no innovadores. El Manifiesto comunista de 1848 partió de supuestos económico-sociales reales y de una filosofía pujante; su lenguaje tenía que calar profundamente en los pueblos europeos, sometidos a las condiciones de una primera fase de industrialización regida por la ley de la jungla y donde el naciente proletariado estaba en términos de verdadera esclavitud. Pero muchas son las circunstancias pasadas desde entonces y ahora nos encontramos con que las pretendidas revoluciones actuales persiguen resultados que constituyen un retroceso de incalculables consecuencias. Por una parte, el llamado mundo neutralista está organizándose sobre la base de Estados atomizados, que por su propia escasez de recursos, la imposibilidad de desarrollar en ellos una industrialización racional, etc., representan un semillero de conflictos mayor aún del que crearon los Balcanes en el siglo XIX; la sociedad internacional jamás estuvo tan fraccionada y en ningún momento fué posible pensar que el nacionalismo, precisamente cuando la economía ha de desarrollarse a escala mundial, pudiera alcanzar la virulencia de ahora. De otro lado, los demás movimientos revolucionarios están tarados profundamente. Todos ellos tienen en común el establecer instituciones políticas bajo el signo de la dictadura, creando un mando unipersonal todopoderoso y una burocracia ante cuyos dictados el resto de

la sociedad es un cuerpo amorfo que vive de las decisiones y de las ideas que le impone un reducido grupo de hombres.

Si ésta es la estructura político-social del futuro, pensamos que la Humanidad vuelve al oscurantismo de los tiempos más remotos, porque ni en la técnica del poder ni en la organización apenas existen diferencias con el sistema de los faraones egipcios o de los reyes de Asiria. Tal es el anacronismo que nos amenaza y del que no nos pueden deslumbrar ni las grandes fábricas, ni los sputniks, ni los edificios monumentales, como tampoco nos deslumbran, a no ser desde un punto de vista estético, la tremenda fuerza ofensiva que en su día fueron los carros de combate de Ramsés III o la construcción de la torre de Babel. En estos regímenes de dictadura, la personalidad individual desaparece tragada en el logos de un Estado omnipotente, de un ser abstracto cuya fuerza beneficia siempre al déspota y al séquito que le rodea. Sólo cambian los medios materiales y la forma de éstos, así como su manera de trabajar, pero en sustancia todo es igual que bajo la égida de los tiranos de los primeros imperios que aparecieron en el mundo y de las cortes en que se apoyaban.

Si estos movimientos revolucionarios triunfasen habrían sido baldíos los sacrificios de tantas y tantas generaciones que en Europa han combatido contra las dictaduras, y baldías las conquistas a que se llegaron en lo que concierne al respeto de la libertad esencial del hombre y a sus derechos privados y públicos.

De ahí el que surja un deber moral para todos aquellos que se sienten herederos de las conquistas espirituales hechas por nuestra civilización, sea cualquiera el país donde se encuentren; para quienes piensen que no puede contenerse el progreso del hombre, que es el único ser capaz de evolucionar, sabiendo que esa evolución radica en el orden espiritual y cultural y en el concepto político de la libertad. Pero este deber ha de desarrollarse en forma revolucionaria, esto es, revisando fríamente las circunstancias económicas y sociales de nuestro tiempo, dándoles salida hacia nuevas formas políticas y creando un estilo de austeridad, de pureza, de radical e insobornable oposición a las debilidades y podredumbres en que se mueven los pueblos occidentales.

En realidad, lo original de la revolución de nuestro tiempo estriba en que, ya antes de plasmar en un movimiento político, existe una formidable transformación de la ciencia, de la técnica y de la economía que condicionará la estructura social del futuro. Siempre, como hemos señalado, las revoluciones respondieron a una evolución previa de aquellas circunstancias, pero nunca como en nuestro tiempo esa evolución ha sido tan rápida y tan profunda. De ahí el que sea preciso ver cómo han de traducirse políticamente los nuevos conceptos de la Física, las nuevas necesidades del crecimiento demográfico, el cam-

bio de los medios de transporte y comunicaciones, las nuevas tendencias en la organización de la producción y del trabajo.

Definida esa revisión, es cuando el verdadero movimiento revolucionario ha de ocuparse de derribar las instituciones políticas avejentadas y de crear una sociedad nueva, y esta obra ingente ha de hacerse también con estilo revolucionario, haciendo que un viento de tempestad barra las mediocridades, los conservadurismos egoístas, los localismos de campanario, los intereses de quienes por ocupar una posición impiden el paso de los grandes alientos creadores y los saboteadores del progreso social, cualquiera que sea la clase a que pertenezcan o los argumentos que empleen para justificar su reaccionarismo.

La flecha del verdadero movimiento revolucionario no ha sido rota ni tampoco ha caído en manos de la barbarie. Está al alcance de los pueblos, de toda raza y geografía, que sean dignos de lanzarla.

ENRIQUE LARROQUE